

CAPITULO IV.

El baile.

Las nueve de la noche señalaba el cuadrante del lujoso reloj, que adornaba la sala en que habia tenido lugar el diálogo entre la hermosa Inés y Duval.

Acababa de ocultarse, despues de agitar sus pintadas alas el autómeta pajarillo que aparecia trinando cada vez que la brillante campana sonaba la hora.

En el cuarto contiguo y enfrente de un dorado espejo de cuerpo entero, colocado encima de un exquisito tocador, cubierto de brillantes pomitos con pomadas y esencias de especiales olores, se veia una jóven, so-

bre cuya graciosa cabeza acababa de colocar su predilecta camarista una elegante corona de flores blancas que resaltaban notablemente sobre el gracioso peinado de su luciente cabellera negra. Velaba su bellissimo cuerpo un delicado vestido de gró perla, bordado de blanco, de primorosa hechura, con preciosos adornos, sobre cuyo pecho resaltaba un gracioso lazo punzó figurando una fragante rosa. Su diminuto pié estaba calzado por un precioso zapato de raso blanco, perfectamente trabajado, que dejaba entrever su delicada forma: un rico hilo de iguales y preciosas perlas, cerrado por una cruz de brillantes, adornaba su redondo y alabastrino cuello, mas blanco y esbelto que el del nevado cisne sobre la tersa superficie de un tranquilo lago: sus delicadas manos, pequeñas y torneadas, cubiertas de finísimos guantes de cabritilla, finos como la seda y blancos como el ampo, jugaban graciosamente con un primoroso abanico de finísimas plumas con doradas barillas de marfil admirablemente caladas, en cuyo remate brillaba un precioso anillo de dia-

mantes por donde pasaba el rico cordon de oro que descansaba en el mórvido brazo de la hermosa.

Al verla velada con aquella blanca y flotante vestidura; adornada su negra y ondulosa cabellera con la graciosa guirnalda de flores blancas; rodeada por todas partes de luz y de esencias; reflejando su bellissimo rostro toda la pureza y tranquilidad de una alma tiernamente enamorada y sin manciella; dejando ver en sus expresivos y negros ojos el candor de los ángeles y la dulzura de los cielos; al verla aérea, vaporosa y gentil, mover su flexible y delicado talle como una blanca gaviota que cruza besando á penas la blanca espuma de los mares, cualquiera la hubiera tomado por una vision beatífica, por una aparicion celeste dispuesta á abandonar la tierra, ó por una de las bellisimas huris que habitan risueñas el prometido Eden del profeta.

Era la realizacion de un bello ideal de contornos divinos, envuelto en oscilantes y trasparentes nubes, en cuyo ovalado rostro brillaba el suave resplandor que circunda á

los alados ángeles, bañando sus delicadas facciones de una luz indefinible que las prestaba un colorido y una frescura celestiales.

—¿Estás ya dispuesta, hija mia?

Dijo Inés penetrando en la aromatizada estancia de la hechicera jóven.

—Sí, madre mia.

Contestó la interpelada con voz dulce y melodiosa.

—Veo que has tenido buen gusto en la eleccion de traje.

—¿Le gusta á vd?

—Mucho; estás hechicera.

—No lo está vd. menos.

—¿Yo, hija mia....? No lo creas: mi edad me separa del arte de agradar.

—Es que el arte sobra donde hay dotes naturales que brillan mas cuando menos ataviados se presentan: la sencillez es el mejor adorno de la hermosura, y á vd. le sobra la segunda para ser admirada en todas partes.

Inés abrazó á Clotilde con tierna efusion

de amor. Sabia muy bien que de los labios de su protegida no salian jamas palabras li-sonjeras que no dictase el corazon; y en las que acababa de oir, veía el ciego cariño que las formulaba, obligando á sus ojos á que la viese por un prisma favorable.

—Tu parecer me envanecería si aspirase á otra dicha que á vivir consagrada únicamente á tí. Se anhela ser hermosa, y apreciamos los atractivos que nos ha concedido la naturaleza, y aun procuramos aumentarlos con el arte, cuando nuestra mente acaricia la memoria de otro sér que nos hechiza, y á cuyo lado soñamos recorrer una vida llena de placeres. Pero cuando esa bella imágen con que hemos tenido entretenida la mente no existe; cuando ha desaparecido de nuestra alma el grato dolor que imprime una pasion verdadera y tierna, y nuestro corazon muere á la esperanza del risueño porvenir que acariciaba, entonces la belleza ó la fealdad, los aplausos ó el olvido del mundo nos son indiferentes.

Y como si su alma despertase herida por aquellas palabras á otra vida mas dulce y

encantadora, llena de risueños atractivos, llevó á su hermosa faz el tinte de la melancolía, y á sus bellos ojos las lágrimas de un recuerdo de amor.

Clotilde, conmovida, le tomó la mano.

—¿Qué lejos estaba yo de pensar que no era vd. feliz....!

—Sí; lo soy, hija mia: ¿me falta algo te-niéndote á mi lado....? Estos no son mas que recuerdos pasados de felicidad que, lejos de atormentarme, tienen cierta tristeza agradable, cierta pena hechicera, un atractivo mezclado de placer y de dolor á la vez que inundan el alma de encontrados, pero dulces sentimientos. ¿Y qué afeccion íntima no está cercada de esa misma mezcla de esperanzas y de zozobras, de risa y llanto, de placer y de tristeza? El amor, ese tierno sentimiento que opera una revolucion completa en nuestra existencia al tomar posesion de nuestra alma; ese dulce soplo de la Divinidad, derramado por la creacion para felicidad de los mortales, belleza de los campos y sostenimiento del mundo; ese amor, de quien el orbe entero es su trono

y el ancho mundo su esclavo, ¿no se presenta á nuestros corazones con los mismos encontrados efectos?

—Tiene vd. razon, madre mia.

Exclamó la jóven conmovida por la exactitud de aquella pintura.

¿Y cómo no asentir á la opinion de la desgraciada Inés?

¡El amor!.... ¿quién no ha sentido las inefables emociones que vierte su poder en el corazon del hombre?.... ¿Quién es capaz de contar las infinitas sensaciones que en el reducido término de un dia, de una hora, de un minuto, se suceden una tras otra ó todas juntas, con una rapidez inconcebible, con una variedad inexplicable?.... ¿Quién no ha pasado, en un mismo dia, de una alegría y de un placer sin límites á la mas profunda y amarga melancolía, de la satisfaccion mas completa á los celos mas ardientes, de la confianza á la duda, del regocijo al abatimiento, formando infinitas veces el misterioso espectáculo de vagar á un mismo tiempo la sonrisa de un temor

desvanecido en los labios, y en los ojos las lágrimas de la felicidad presente?

¡El amor....! si no fuese difícil empresa el hacer su definicion, yo diria, que el amor puro, el amor tierno, el amor desinteresado y profundo por lo mismo, es aquel sentimiento tierno, inconmensurable, que domina todo lo existente, que entretiene la imaginacion con una idea siempre seductora y risueña: que nos presenta á todas horas la bella imágen del objeto que embellece nuestros paseos, nuestra soledad, nuestros sueños, rodeada siempre de nuevos hechizos y de atractivos celestiales; aquel afecto que oprime el alma con un dolor dulcísimo, con un grato penar que embalsama nuestra existencia; que nos abre las puertas de la felicidad con el mas leve presente de cariño que recibimos del bien amado, así como la menor indiferencia nos abisma en una sima de tormentos sin término: que nos hace sonreir de dicha con una mirada cariñosa; que nos hace llorar con un gesto que envuelva el mas ligero desden: que nos hace esperar y temer casi

al mismo tiempo: que vierte en el corazón un cielo de dulces esperanzas, para amarlas á poco con un infierno de zelos; que nos hace vivir penando, y penar gozando: reñir un instante con el objeto amado, para volver luego á contentarnos, solicitando su perdón: que rasga el corazón y oprime nuestro pecho cuando nos separamos por un instante de él, y que al volverle á ver sentimos el placer que siente el navegante al descubrir la playa de su amada patria, de quien ha estado ausente muchos años: objeto cuya mano no podemos tocar sin sentirnos conmovidos hasta la médula de los huesos, por quien daríamos la vida, á quien llamamos nuestro cielo, nuestro mundo y nuestra existencia, y para el cual nada juzgamos digno en el triste planeta que habitamos.

Este es el amor como yo lo comprendo, grande, noble, generoso: mezcla extraña, pero sublime que enaltece al hombre, y que le arrastra á las mas dificultosas empresas.

Las nueve y media marcó la clara campana del reloj de la sala, y Clotilde y su pro-

tectora salian de la estancia; bajaron á la puerta, subieron en el coche que les esperaba en ella, y se dirijieron al baile que todos los domingos hay en San Angel, durante la temporada que acostumbran pasar en aquel pintoresco pueblo las principales familias de México.

El salon del baile se veia lleno de una escogida y numerosa concurrencia.

La juventud mas elegante de la sociedad mexicana se encontraba reunida en aquel sitio destinado al placer, á la música y al amor.

Allí las seductoras hijas del país de Motezuma, hermosas como la esperanza, dulces como el limpio cielo de su patria, candidas como el blanco lirio de sus verjeles, y esbeltas como las palmeras de los trópicos, descubrian sus irresistibles hechizos, sus delicadas maneras y su esmerada educacion. En ellas residian la belleza sin orgullo, la amabilidad sin coquetería, la franqueza sin licencia, la instruccion sin vanidad, y finalmente, el conjunto de todas las gracias y todas las perfecciones.

En medio de tantas jóvenes hermosas, descollaba gentil y esbelta como la fragante rosa entre las delicadas flores, una encantadora señorita, en la cual estaban fijas, como en un centro de atracción todas las miradas de los elegantes jóvenes.

—¡Qué linda está Luz!—Dijo uno de los muchos que la contemplaban, á varios amigos con quienes estaba en conversacion.— Se me representa á la diosa de las gracias y de la belleza cuando fué presentada á los inmortales en el Olimpo.

—Es la luna en medio de un cielo limpio y estrellado.

—La perfeccion del sexo que nos quita el seso.

—La hermosa Elena que nos pinta Homero en su bella Iliada.

—La perfeccion mas perfecta de la perfectibilidad perfeccionada que salió perfecta con toda perfeccion del Perfecto perfectificador.

—¿Te burlas?

—Nada de eso: por el contrario; digo que es la reina de la hermosura, y la joven

de mas atractivos de cuantas embellecen San Angel en la presente temporada. ¡Ay!... tiene unos ojos azules.... y como yo me muero por los ojos azules....

—¿Y dónde dejas á Clotilde?

—¡Ah!.... es verdad: Clotilde rivaliza con Luz, sin duda alguna. ¡Tiene unos ojos negros!.... y como yo me muero por los ojos negros....

—Tú te mueres por los azules, por los negros, por los garzos y por los verdes....

—Es verdad; ¿para qué lo he de negar? Pero si me dan á escoger....

—¿Qué?

—Me quedo con todos.

—¿De veras?

—Para poder dar razon despues de cuál les me gustan mas,

—Pero lo que me llama la atención, ya que hemos recordado á la encantadora Clotilde es, que hoy se tarda tanto en venir. ¿Estará mala?

—No; porque entonces no estaria aquí Leopoldo. ¿No le veis allí enfrente á la puerta, en espera de alguno que entre?

—Es verdad; y trae, como siempre, en el ojal de la levita una flor.

—Ahora es un clavel pequeño y de un rojo subido.

—Es muy aficionado á las flores.

—Todos los pintores y poetas lo son.

—Así como los políticos lo son á cruces y distinciones que son menos sencillas....

—Y que cuestan mucho mas. Pero, amigos, la contradanza la anuncian ya los músicos, y es preciso que vayamos á sacar á nuestras compañeras.

—Sí, vamos.

—Y se separaron para dirigirse cada cual á la señorita con quien debía bailar.

Los músicos que, en uno de los extremos de la sala pulsaban los animadores instrumentos que se acostumbran en todo baile en México, y que se componian de dos flautas, dos bandolones, arpa y bajo, especie de guitarra, pero mucho mayor y sin prima, preludiaron, en efecto, los primeros compases en señal de aviso.

Las parejas empezaron á colocarse en sus correspondientes sitios, dejando en medio

á los bastoneros que vigilaban de que nadie saliera del lugar que le correspondia.

—¿Me concede vd. el placer y la honra de bailar conmigo esta contradanza, hermosa Lucecita?

Dijo acercándose á la jóven de quien ya nos hemos ocupado, y con acento extranjero, un hombre como de cuarenta y cinco años, rubio, blanco, pero de fisonomía poco simpática.

—Estoy ya comprometida á bailarla con otro, señor doctor.

—Con Rafael; ¿no es así?

La jóven se sonrojó, y contestó con algun embarazo.

—Sí señor.

—Ya me lo suponía. Rafael es mas dichoso que yo.

—Llegó antes que vd., y yo no podia negarle la contradanza.

—Es que yo siempre llego tarde.

—No es mia la culpa, señor doctor.

En aquel momento se acercó á la jóven un caballero de elegante porte, que al ver

al doctor le tendió la mano con seductora franqueza, diciéndole:

—¿No baila vd., señor Willey?

—Era mi deseo; pero me dice Lucecita que he llegado tarde.

Contestó el doctor marcando con intencion las últimas palabras.

—Es verdad; yo le supliqué hace mas de media hora que tuviese la bondad de cederme la primera contradanza, y he venido á tener la satisfaccion de bailarla con ella. Pero ahí tiene vd. muchísimas jóvenes á quienes dirigirse.

—Sí.

Exclamó Willey disimulando su disgusto.

Rafael presentó el brazo á su hechicera compañera, y se fué á reunir con las otras parejas.

El doctor le echó una mirada que envolvía un odio reconcentrado, y vagó en sus labios una satánica sonrisa al verlos alejarse. Luego, como inspirado por otra idea, y dejando ver en su rostro la señal de un deseo fácil de realizar, dijo entre dientes.

—Marchemos á casa de Elisa: su esposo está en la partida de Duval entregado al juego: ella ha quedado sola.... ¡Ah! esta es la ocasion mas oportuna de alcanzar lo que anhelo con toda el alma.

Y salió del salon del baile precipitadamente, acariciando la idea que se habia apoderado de él.

Éntretanto la contradanza seguia cada vez mas animada, cada vez mas interesante.

En los rostros de la alegre juventud que bailaba, estaban pintados la satisfaccion y el placer; en sus ojos la ternura y el amor; en sus palabras las mas tiernas afecciones que embargan el corazon en esos deliciosos momentos en que la vida se desliza en un mundo de esperanza y de felicidad, de ilusiones y de inefables placeres; en que las horas pasan con la rapidez de un segundo, con la dulzura de un celestial ensueño; en que miles de Génios protectores acarician nuestro pensamiento brindándonos un Eden de felicidad sin término, de goces siempre nuevos, siempre celestiales: momentos de suprema delicia, presididos por la diosa del

Amor y el númen de la esperanza, á cuyos piés se escuchan tiernas declaraciones de apasionados amantes que recogen en una intensa mirada de profundo cariño, el premio á que aspiraba un alma que se confunde, que se identifica con el objeto por quien vive y para quien alienta.

¡Dichosos instante del amor y de los ensueños....!

¡Dichosas horas de olvido del mundo y de sus miserias, en que los placeres salen del capullo de esa deliciosa edad que se desliza serena desde la risueña adolescencia á los primeros lindes de la juventud: edad encantadora en que se acarician como realizables todas las esperanzas, todos los deseos, todas las venturas: en que se siente toda la mágia que encierra la melíflua voz del sér que divinizamos, y de cuyos frescos labios salen para habitar en nuestro pecho, los encantos, los deleites mas puros, los suspiros mas tiernos que hacen de esa edad el paraíso de la vida.

¡Ah....! ¿por qué pasan con tanta rapidez esos deliciosos años en que el hombre

solo vive para amar, para la alegría, para el placer?

¿Por qué pasa tan pronto ese risueño período de la vida en que se aprecia una sonrisa, una mirada, un juramento de amor, en mas que todos los tesoros de la tierra, porque en esa sonrisa, en esa mirada, en ese juramento bebemos todas las delicias de los ángeles?

¿Por qué corre tan precipitadamente ese limpio arroyo de los mejores años, y cruza con indecible rapidez por los floridos verjeles de la felicidad, en que los ojos no conocen otros encantos que la belleza y el deleite celestial del ser amado, los oídos no escuchan otros sonidos que los que en coro levanta por todas partes la naturaleza diciendo *amor*, y en que las horas, velando la existencia, hacen de la vida una sucesion de delicias y de amorosas ocupaciones?

Sí; ¿por qué pasa tan pronto ese límpido arroyo, y se precipita en el océano severo de la edad viril en que mueren las dulces emociones, se despierta de los miríficos ensueños de la felicidad á la triste realidad

de los desengaños, donde poniendo todo bajo el inflexible dominio del microscopio analítico, se vé al través del seductor barniz con que se presentan los placeres, á los ojos de la juventud, el negro fondo en que se encierran sus miserias, sus falacias, sus perfidias, sus amarguras, su falsedad y sus remordimientos....?

¡Es tan triste tocar la realidad de una ilusion perdida....! ¡despertar de un ensueño de perfecta salud á una enfermedad de continuas dolencias y penalidades....!

○ Vivir de ficciones, dicen, es hacer la vida del niño que juzga los objetos por la parte exterior que halaga sus sentidos sin conocer sus efectos. ¿Y no es feliz entonces, digo yo, tanto cuanto es desgraciado cuando reconociendo su poco valor no puede sustituirlos con otros de mas valor y que le proporcionen la misma satisfaccion que con los falsos disfrutaba?

○ ¿No es mas feliz el jóven sin tesoros de experiencia, y que sin mas riquezas que su imaginacion todo lo reviste de encantadoras formas, de colores divinos y de atracti-

vos celestiales, que el hombre rico de desengaños, para quien no existe mas verdad que el dolor, la amargura y las miserias de la vida, cuyos ojos no ven en torno de sí mas que engaños y traiciones, y cuyo corazon, como las plantas arrancadas de raíz por el huracán y secadas por la fuerza del sol no reciben el salutífero rocío que las vivifica y las conserva en su primitiva galanura?

Las ilusiones son las hojas que engalanan el árbol de la vida.

○ Yo quiero frescas hojas que murmuren al ténue halago de las brisas del placer que perfuman la existencia.

○ De las verdades del mundo, solo amo la verdad eterna; la verdad que nos conduce al conocimiento de la grandeza de Dios, de la práctica de la virtud, de la caridad, de la religion.

○ Fuera de este sagrado terreno, es decir, en el círculo de las ficciones de la imaginacion que conmueven tiernamente el alma sin envilecerla, y el de la triste realidad de los desengaños que amargan y envenenan